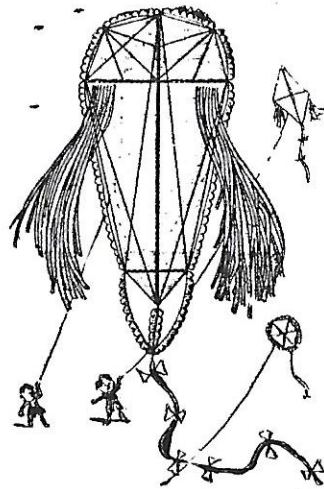


Nicomedes

Santa Cruz



Juegos Infantiles de ayer

"TIEMPO DE COMETA". — Un día cualquiera, entre la primera semana del mes de Julio, al salir del colegio, algo nos hizo mirar instintivamente hacia el encapotado cielo limeño. Ahí, flotando majestuosa sobre nuestras cabezas ("de alcornoque", según la maestra) estaba la primera cometa de la temporada. En el trayecto a casa vimos muchas más: "Barriles", "Pavas", "buque.", "estrellas", etc. Por admirarlas interrumpimos los juegos con que amenizábamos diariamente nuestro largo recorrido urbano: "lingo en paseito de aguas", "salto de pirámide", "bolas al chimplé" o "lo que hace el prima". En todas las librerías, colgando junto a las prietas pizarras, se veía los romboidales "pandorgos" de a "gordo" y las "pavitas" de a "medio". Pero nosotros éramos de los que sabían fabricar su propia cometa. A partir de aquel día hicimos todos los maudados remunerables: botar la basura al río, limpiar los espejos con ron, desmanchar con "tiza" los cubiertos de alpaca, lustrar con "braso" la enorme cama de bronce y limpiar los muebles de madera (aparador, ropero, pedestales, etc.) con una solución secreta y a base de aceite y vinagre. Cuando nuestro bien ganado capital alcanzaba la suma de treinta centavos, íbamos a la carbonería para adquirir el material necesario con que construiríamos nuestra cometa.

Las carbonerías de aquellos tiempos la constituían la primera habitación de una modesta casa cualquiera, habilitada para tal negocio que era pe-

testad de peruanos y chinos. (Aunque, ennegrecida por el cisco la figura del comerciante era difícil, a simple vista, descubrir su nacionalidad). Toda carbonería tenía a la puerta el símbolo distintivo de una pequeña banderita roja, rectangular, en cuyo centro había cosida un número de tela blanca (un "8") que significaba el precio a que se expendía el kilo de carbón. Además del carbón de palo (para planchas y braceiros), allí se podía comprar jabón de pepita (desde cinco centavos el pan), tercios de leña (a "gordo" y a medio), caña-brava, sal de soda y lejía (para el hervido de ropa), y sacuaras (de a medio y de a real). La sacuara era lo que nos interesaba. Las había de a cinco centavos: seis pies de altura por tres octavos de pulgada de diámetro en su parte más gruesa; éstas eran curvas y delgadas. Nosotros escogíamos las de a real: siete u ocho pies de largo por cinco octavos de diámetro.

Secas, rectas y gruesas como lanza de indio Pampa. Con una bastaba. En la pulpería comprábamos seis pliegos de papel de cometa (dos por medio), un "gordo" de harina de trigo para hacer el engrudo y un ovillo de pita fina o pavilo para el armazón. Lo primero era determinar qué tipo de cometa construiríamos: El "barril" era de muy seguro vuelo, pero común y poco vistoso; el "buque" era feo y de dudoso vuelo, además, ¿quién ha visto un buque por los aires?; la "estrella" era difícil de hacer... Nos decidíamos por la "pava-cantora-colepató": ¡la reina de las co-

CAL Y CANTO

metas! Su cabeza coronada de puntas tenía la belleza de la "estrella", su ancho cuerpo le daba la sustentación del seguro "barril", sus tupidos flecos flotaban como la cabellera de una sirena y su "colepató" le daba una simetría armoniosa, ausente en la "pava" común, que remataba en insulsa punta.

De la parte más gruesa de la sacuara tomábamos un trozo de un metro cuadrado (nuestra estatura) y lo dividíamos en dos partes longitudinalmente, uno de ellos sería para la "espina dorsal" de la cometa, del otro sacaríamos el travesal superior que determina el ancho (0.70 ctms.) y el travesal inferior que haría la "colepató" (0.35 ctms.)

El resto de sacuara se emplearía en las dos puntas de la coronación y en las costillas. Con habilidad y paciencia, liada la cruceta inicial, seguía un traje de sacuaras, pitas y dedos que poco a poco iban formando triángulos y rombos perfectos hasta devenir en templado armazón. A las diez de la noche, cuando todos dormían y por fin dejaban libre la mesa grande del comedor, sacábamos el papel de cometa, fabricábamos el engrudo y luego, con la maestría de un sastre cortador, vestíamos el armazón con el patriótico bicolor peruano. Parches de fantasía; doble carrera de zumbadores, la filigrana del "calado", los largos y abundosos flecos y los buches de agua que pulverizábamos sobre la obra terminada para que el papel templara al secar. Ahí quedaban las tijeras lle-

nas de engrudo, el hule nuevo pegoteado de mí núsuculos papelititos engomados, el piso con restos de sacuara, pitas y más papeles: rojo, blanco, azul. Pero sobre el aparador quedaba nuestra obra, empapada como una sirena emergida de las profundidades de un mar mitológico. Los ojos se nos cerraban de sueño y excitación. Al día siguiente perderíamos el colegio por levantarnos tan tarde.

Este juego no sólo fue propio de niños sino de hombres de peso, quienes hacían competencia en la fabricación de cometas hermosas o en el juego "a los cortes", para lo que era insustituible el "barril", al que ataban en el rabo (o cola) unas hojas de afeitar de aquellas que tenían tres huecos redondos y doble filo. Para jugar a los cortes, el "barril" debía tener menos rabo del necesario a fin de que cabeceara fácilmente al cobrarle cordel el volador. Eran duelos impresionantes en los que parecía que las cometas cobraban vida describiendo enormes círculos en el espacio y guadañando su armada cola sobre el cordel de la contraria hasta cortarlo. Una cometa vencida, cortado su cordel, se desmadejaba en dramático y afeminado giro. Desmayada en medio del espacio se perdía más allá, mientras nosotros corríamos entre la chacra, saltando acequias y tapias por alcanzarla. Pero, como cruel espejismo, seguía alejándose en espirales de agonía o contoneo de impotencia, como diciendo: "Estoy herida...", "Me muero...", "me muero..."